**Informe de lectura: *Diálogo real sobre la libertad humana y el origen del mal* – Leibniz**

**Por: Juan Miguel Iglesias**

Los problemas teológicos y sus respuestas incompletas son un tema recurrente en toda la historia: autores clásicos, medievales y modernos han dedicado sus vidas a la reflexión sobre las figuras de seres que van más allá de nuestra comprensión, mientras que, los contemporáneos siguen presentando distintos puntos de vista y refutándose entre ellos, sin aparente conclusión posible; sin embargo, son aún más las controversias referentes a los ideales humanos. Entre el siglo XVI y XVII, Gottfried Wilhelm Leibniz se dedicó a (intentar) resolver una de las interrogantes que atormentaba a la Europa occidental que, posteriormente, en la Revolución Francesa, sería una de las principales causas que desatarían tanto caos y sacrificio.

Este polímata alemán se caracteriza por tener un pensamiento muy creyente y, fiel a su creencia, Dios es un elemento transversal a lo largo de su argumento, por no decir, central: su visión del bien, el mal y la libertad gira alrededor de Dios. No obstante, él intentó traspasar los límites que el dogma católico (de la época) establecía para encontrar respuestas a sus preguntas. El método que utilizó para atacar multilateralmente sus interrogantes se basa en la dialéctica platónica: un diálogo en el que se discute un tema para, finalmente, intentar descubrir la verdad. La influencia platónica es ciertamente notable en su obra, por la constante búsqueda de ideales, y referencias a la esencia de las cosas, pero no vamos a adentrarnos más en ello para poder analizar puramente la obra de Leibniz.

En este *Diálogo real sobre la libertad humana y el origen del mal* (una traducción del texto original que recogió Jonathan Bennet) se debate la noción de libertad. Para poder explicar lo que significa este concepto, el filósofo alemán recurre a describir, por partes, sus límites y excepciones. Primero veremos su perspectiva sobre el concepto del pecado, el porqué es necesario e inevitable; posteriormente, se dedicará a indagar en el origen del mal, involucrando una fuerza que no había sido tomada en cuenta hasta el momento de la discusión; finalmente, la ‘esencia de las cosas’ será el tema que reunirá los anteriores para concluir lo que es un texto basado en un diálogo que, por lo que dice el autor, sí llegó a suceder en la realidad.

La idea del pecado, para Leibniz, tiene una base teológica: “Dios lo sabe todo” (Leibniz, como se cita en Bennet, 2017, p. 1). Partiendo de esa premisa, tanto el pasado, como el presente y el futuro son fruto de lo previsto por Dios. El conocimiento de Dios es, prácticamente, completo; asimismo, Leibniz especifica que toda variable contradictoria o dependiente del azar no tendrá lugar a cabo si Dios no lo prevé así, todo ello sin cambiar su naturaleza aleatoria o contradictoria (Leibniz, como se cita en Bennet, 2017). En el caso de las ‘leyes’ matemáticas no habrá intervención divina, puesto que hay una necesidad por que estas se cumplan de cierta manera: los triángulos teniendo tres lados, los cuadrados perfectos no cambiando de valor, un círculo abarcando trescientos sesenta grados, etc. ¿Por qué Dios tendría que contradecir estos hechos? Es superfluo, no hay razón para preocuparse o molestarse, solo hay que continuar amando a Dios. Incluso si pecamos, no nos asustemos, porque amar a Dios sigue siendo totalmente posible. Recordemos que él lo ha previsto todo, por lo que los pecados que cometamos están incluidos dentro de este grupo. Todo pecado previsto por Dios sucederá, aunque intentemos, de cualquier manera, cambiarlo o evitarlo. El único libre de caer en pecado, libre de todo tipo de problemas y libre de dependencias es Dios, pero volveremos a esta afirmación y sus implicancias luego.

Por otro lado, se menciona la certeza que tuvo Dios al momento de crear las cosas. Nosotros percibimos el mundo y nos damos cuenta, casi al instante, de sus imperfecciones y limitaciones, mas no caemos en cuenta de que todo ha sido creado así por un propósito. ¿Cuál es este propósito que es tan importante como para que el creador del universo se haya abstenido de moldearnos como seres (siquiera) semejantes a ‘perfectos’? Si lo vemos así, estamos viendo un solo árbol dentro de un bosque. La obra en su totalidad, es decir, la Creación, debe verse con ojos panorámicos (Leibniz, como se cita en Bennet, 2017) para entender lo que se busca: detrás de tanta imperfección, hay un «bien mayor». El problema es que este bien mayor es desconocido para nosotros los humanos, ni el mismo Leibniz parece tener claro de qué se puede tratar, solo tiene la certeza de que es un bien mayor (idem).

Queda sentenciado que intentar entender el bien mayor por el que hemos sido creados está fuera de juego, puesto que nos es literalmente imposible descubrir cuál es (no somos Dios). Entonces, los personajes del diálogo, aún insatisfechos con las pocas conclusiones que poseen, pasan a discutir acerca del mal y su origen. El dogma católico, en aquel entonces, se limitaba a explicar el mal desde la narración del relato creacionista y del paraíso adánico. La lógica era la siguiente: en un mundo donde existía un Dios infinitamente bondadoso, tenía que existir una fuerza que equilibrara la balanza, y esta sería el mal, por supuesto. A continuación, y este momento del diálogo es crucial, Leibniz introducirá una nueva ‘fuerza’ que cambiaría el razonamiento del problema. Infinita, eterna y de muchos atributos en común con Dios (Leibniz, como se cita en Bennet, 2017), la «nada» es la tercera fuerza en esta ‘balanza’ (si es que todavía podemos llamarla así), y sería de la cual surge o proviene el mal.

Llegado a este punto de la síntesis del texto, vamos a plantear lo que resulta incompleto en el argumento de Leibniz. En primera instancia, la sabiduría absoluta e infinita de Dios trae consigo muchas dudas. ¿Para qué tendría Dios que crear a todas las especies conocidas y por conocer, para al final conseguir algo que ya conoce o que pudo haber previsto anteriormente?, ¿se trata, acaso, de una especie de juego para un Dios omnipotente que, simplemente, pudo haberse salteado todo este aburrido proceso y obtener algo que ya poseía? La verdadera cuestión aparece cuando este pensador alemán menciona que es todo por un “bien mayor” que no podemos conocer, lo cual parece ser una trampa para hacernos creer que no debemos razonar o imaginar sobre cuál podría ser.

La teología se basa en Dios, pero si se afirma que existe un bien mayor, Dios quedaría en un segundo plano. Él es (¿o era?) el ser más bueno, ¿cómo puede existir un bien mayor que no sea él mismo? Por ende, a lo único que podría apuntar el razonamiento de este diálogo es que, Dios (la perfección) quiere llegar a sí mismo (también la perfección) a través de su creación (imperfecta) para un objetivo suyo (supuestamente, ya perfectamente previsto); en otras palabras, el ser perfecto necesita de la imperfección para llegar, nuevamente, a la perfección que ya conoce. No hay otra opción para este argumento, puesto que cualquier otra premisa implicaría que Dios quiere algo más, por lo que: o no sería perfecto o no sería independiente (*ergo*, no sería libre), ya que necesitaría de este último “bien mayor”; caso contrario, hubiera prescindido de la Creación. (Entiendo que excede al origen de tu informe, pero quizás, al respecto de las preguntas que planteas, pudiera encontrarse respuesta en la “república de mónadas” que se explican hacia el final de la “Monadología”.) Agreguemos a esta última reflexión el hecho de que, sin la Creación, llena de imperfecciones y limitaciones, no cabría posibilidad de que Dios consiga este “bien mayor”, así, ahora tenemos una razón para manifestar que somos igual de libres que el propio Dios: ambos nos necesitamos mutuamente. Podrá prever nuestras alegrías y desgracias todo lo que desee, sin embargo, él se vio en la necesidad u obligación de crearnos para conseguir un propósito suyo.

Volviendo al diálogo, tenemos un último tema por inspeccionar que puede seguir sumando al contraargumento anterior. Desde una mirada geométrica del espacio podemos distinguir dos tipos de relaciones entre cualquier tipo de objetos o valores: los que son «conmensurables entre sí», y los que no, que reciben la denominación de «inconmensurables entre sí». En el grupo del primero se encuentran todos los «números racionales» (naturales, enteros y fracciones; o, más sencillamente, los que pueden ser expresados con valores exactos) que sean relacionados con otro valor igualmente racional[[1]](#footnote-1). En el otro conjunto tenemos a los números que se intenten medir con valores irreales (imposibles de expresar exactamente) como o . Esta distinción es hecha para responder si Dios es capaz de encontrar un número que represente de manera exacta a cada número inconmensurable. Allí se pausa el atrevimiento de Leibniz para definir a las preguntas de este estilo como «absurdos», y “Dios no puede encontrar nada absurdo” (Leibniz, como se cita en Bennet, 2017, p. 5). Ese es el triste desenlace para una pregunta que, más que absurda, parecía divertida y capciosa; e, implícitamente, se está marcando un nuevo dogma de lo que se debe y no hacer, con respecto a Dios: cualquier intento de buscarle absurdos es indigno y fútil.

¿Es que lo absurdo está ‘fuera’ de Dios?, ¿no fue también creado y previsto por él? Más vacíos aparecen y se desarrollan en el proceso para revelar lo que hay detrás del “bien mayor” que Gottfried Leibniz no parece querer que descubramos porque pone en peligro todo en lo que él cree y argumenta. Tal vez en ello se resume la redacción de este diálogo: un intento de Leibniz por defender su creencia, aunque ello implique descartar como opción el propio razonamiento en varios momentos críticos de la argumentación. Es increíble que un genio como él, haya propuesto límites al conocimiento y la razón en diferentes momentos: el “bien mayor”, las respuestas a los ‘absurdos’, Dios en sí, etc. (Recuerda que no es un tratado, es un díalogo “real”. Hay otras obras en donde desarrolla estos y otros asuntos. Además, hace falta tener en cuenta el carácter diplomático, conciliador y armonizador del autor, por el cual es a veces señalado como “optimista”) No se trata tampoco de descartar por completo lo que se ha expuesto en este diálogo (definitivamente es valioso), lastimosamente es irracional y vergonzoso proponer en un inicio un razonamiento que no pueda tener refutación posible porque directamente se le calificaría de ‘absurdo’ o impropio. (Esto que tú caracterizas de “vergonzoso” bien puede deberse a la amenaza de la censura en su época; no olvides el destino de Galileo y tantos otros, de los que Descartes, por ejemplo más cercano, no era ajeno. Plantear la duda del problema y negarse a desarrollarla (no sólo porque no sea resoluble) puede deberse más a una estrategia discursiva, antes que a una cobardía o una irracionalidad) Para no cerrar sin una crítica constructiva, podemos extraer una manera de concebir nuestro objetivo en el cosmos como especie: ser instrumentos de Dios en este proceso en el cual no podemos fallar, porque ya ha sido previamente visto que será exitoso y conseguirá el “bien mayor”; por lo tanto, sigamos adelante. (El problema de esto, sería, de nuevo, que la libertad se vería obstaculizada con ese determinismo optimista que planteas. El verdadero núcleo del problema lo trata Leibniz en la Teodicea (que no es un texto que hubiéramos podido mandar a leer dada su extensión (y en donde la defensa de la libertad podría causarte una decepción incluso mayor)), de modo que esta lectura no era sino una invitación al problema, y que te haya causado esa insatisfacción de no resolución, no hace sino ponerte en la puerta real de la controversia. (O de repente no, y nunca más encuentras el tema, de aquí, en adelante, jaja,) de cualquier forma, muy buen informe, buen trabajo.) Puntos: 4

**Bibliografía:**

Bennet, J. (2017). *Early modern texts*. Recuperado de <http://earlymoderntexts.com/assets/pdfs/leibniz1695a.pdf>

1. En esta traducción se utiliza el término ‘línea’ antes que ‘número’ o ‘valor’, pero se refiere a lo mismo. [↑](#footnote-ref-1)